

## CAPÍTULO VI

*La feria de Puebla.—Me dan un timo.—Puebla de los Angeles.—La Catedral.—Restaurant Roma.—Mariano Pasquel y su león.—Oaxaca.—El ferrocarril inter-oceánico.*

En los primeros viajes que yo hice por México, siempre que salía de la capital, que era mi cuartel general, tenía la previsión de llevar buen número de cartas de recomendación para las personas más importantes y pudientes de los Estados que pensaba visitar.

Estas generalmente me las daba mi excelente tío D. José de Landero y Cos, que no solo por su posición social y financiera, sino también por sus relaciones y prestigio en toda la República, y lo muy querido y respetado que es en la misma, me ponía en relación con cuantas personas deseaba yo ponerme en contacto, é invariablemente sus

recomendaciones iban acompañadas de una carta de crédito ilimitado para las sucursales del Banco Nacional en aquellas poblaciones en que yo había de parar. A esta tan delicada atención correspondí yo no haciendo nunca uso del crédito con que me honraba.

Muchos de mis amigos á su vez me obsequiaban con cartas de introducción, y recuerdo que la primera vez que visité Puebla, entre las muchas que llevaba, había una para un señor R. M., (1) que me proporcionó mi ya difunto amigo Pomposo Escudero de Pachuca, quien me manifestó que la persona á quien me recomendaba me sería sumamente útil, pues había viajado mucho por Europa y estaba educado en el aristocrático colegio de Stoney Hurst en Inglaterra, y como á mi vez me he educado en ese país decidí que fuese la primera persona de Puebla á quien visitase. Y así fué, en efecto; hallándome con un hombre joven, de maneras finas y distinguidas. Versó nuestra conver-

(1) Pongo solo las iniciales por haber ya fallecido.

sación sobre Inglaterra, entreteniéndonos largo rato en recordar y ponderar todo lo bueno que allí existe.

Cuando me despedí del que yo consideraba como un nuevo amigo, me dijo que me recogería al día siguiente en mi hotel para conducirme en carruaje á la feria que á la sazón se celebraba en Puebla, conviniendo en que antes almorzaríamos juntos en mi hotel.

Muy exacto fué á la cita llegando en preciosa victoria tirada por dos jacas alazanas; hice lo mejor que pude para que nos sirviesen un almuerzo digno de mi invitado, y salimos después para la feria; pensé yo sería esta de ganados, y de la importancia de las que se celebran en Andalucía, pero pronto pude convencerme de mi error, pues aquello era una especie de exposición de juegos de envite y azar.

Allá estaban representados todos los sistemas de ruletas, juegos de cartas, cubiletes, dados y cuantos engaños de tontos se han inventado, y para que nada faltase había un

gran circo de gallos, en el que penetramos. Mi acompañante quiso apostar diez pesos en una pelea, pero se apercibió de que había olvidado su cartera y puse á su disposición la mía, con lo que pudo efectuar su apuesta, la cual perdió. Mediante otros diez pesos efectuó una segunda apuesta, que dió el mismo resultado que la anterior. Salimos de este espectáculo y me condujo á un cobertizo bajo el cual había inmensa mesa donde se jugaba á los albuces. Con objeto de desquitarse de lo perdido en los gallos hizo un nuevo llamamiento á mi cartera, pero esta vez por cien pesos que enseguida le entregué. Las peripecias del juego me entretenían tan poco, que dejando á mi compañero entretenido buscando el desquite fuime á recorrer la *feria*, me paré en una ruleta y poniendo un billete de 50 pesos sobre la mesa, anuncié jugaba cinco al colorado, pero apenas había terminado la frase cuando una raqueta me alargó 45 pesos en plata, dejando los otros cinco en el color elegido por mí; giró la bola y como era de esperar vino el

color negro. No queriendo arriesgar más quise proceder á cambiar mi plata por billetes, lo cual no conseguí, y hube de guardarla en los bolsillos del pantalón. Con este peso tan molesto fuime en busca de mi amigo, al que hallé á los pocos pasos sonándose sus bolsas, pues según me manifestó la suerte le había sido propicia realizando un pequeño beneficio.

El peso de la plata me molestaba y al hácersele presente me dijo que se la entregase y que él lograría cambiar la suya y la mía por papel, lo que abandonándome por breves instantes fué á realizar; pero el resultado fué negativo, pues volvió con los pesos fuertes, aunque teniendo la finura de cargar con los suyos y los míos.

Salimos de la feria, tomamos su carruaje y nos dirigimos á la cantina de Magloire, donde tomamos unos *cocktails*; en este establecimiento pensé que se realizaría el cambio, pero el tiempo pasaba y no se trataba del asunto, al que yo por delicadeza tampoco quise aludir. Se hacía tarde y tuve que

regresar al hotel, teniendo que contentarme con que me dijese que la mañana siguiente, á las diez, iría á verme para arreglar nuestras cuentas.

Hallábame tranquilamente cenando cuando el dueño de la fonda, un tal Oyenhart, sin otro preámbulo me preguntó si conocía al señor que me había acompañado á almorzar al medio día. Algo impertinente me pareció la pregunta y así se lo manifesté, pero presentándome mil excusas me dijo que lo hacía por mi bien, pues viendo que yo era extranjero quería prevenirme de que el señor en cuestión era un sablazista de primera; que á él le adeudaba 70 pesos de cuenta de restaurant, y que si como presumía me pedía algo prestado no le fiase ni un peso! Desgraciadamente el consejo llegaba tarde. Yo que le había confiado 165 pesos! Pero como el que no se consuela es porque no quiere, reflexioné que peor hubiera sido confiarle 500, que de seguro yo no le hubiera negado.

Inútilmente aguardé al día siguiente á que mi deudor viniera á verme, por lo que deci-

dí ir yo á buscarle, pero fué en vano, y siempre recibía la misma contestación: «Acaba de salir»; no así un terrible perro chato que siempre estaba en casa y con aire amenazador me miraba á través de la cancela. Mi dinero jamás lo volví á ver, aunque sí á mi deudor, á quien veía todos los años al ir á Puebla y quien afectaba no reconocerme, estando yo muy contento de ello, pues lo pasado me hizo ver una vez más confirmado el proverbio de que «el hábito no hace al monje», y que haberse educado en Stoney Hurst no dá patente de honorabilidad.

¡Cuántas veces nos hemos reído después mi excelente amigo Escudero y yo de lo que acabo de referir, pues éste, al darme su recomendación, creyó que me recomendaba al que conocía como una persona honorable; pero la fatal pasión del juego le había convertido en un verdadero caballero de industria.

Puebla es una de las ciudades de México que con más gusto recuerdo, de las que mejor conozco y más amenudo he visitado,

siendo asimismo de las en que mejores amigos he dejado. Por eso es de las que más quiero, y á esto he de agregar que es una población que no solo se distingue por lo limpia que es, sino por ser quizás de toda la República la que cuenta con mayor número y mejor acondicionados hoteles, que en mis primeros viajes superaban en mucho á los existentes en la capital.

Lo más notable que encierra Puebla es sin disputa su catedral, que á mi juicio supera á la de la ciudad de México y que me parece más airosa. Todo en ella es notable, pero nada como su coro, cuyos trabajos de talla son de lo mejor que que he visto en mi vida.

Así como el pueblo más pequeño en las provincias vascas de España cuenta con un frontón, el pueblo más insignificante de México tiene su zócalo, que es una especie de plaza-jardín en cuyo centro se eleva un kiosco, más ó menos modesto, donde toca la música, pues como ya he dicho anteriormente, los mexicanos tienen pasión por ella,

y puede decirse que nacen músicos. El zócalo de Puebla es magnífico y en su derredor existen puestos tan numerosos como variados son los artículos que en ellos se expenden; refrescos, dulces, objetos de tacali (especie de jaspe), etc.: pero los puestos más notables son los de las figuras de trapo y barro, representando tipos de indios mexicanos con una precisión y riqueza de detalles que resultan verdaderas obras de arte; igualmente son notables los de juguetes, que en su mayoría son reproducciones minúsculas de complicados muebles y que no se concibe sean hechos por las toscas manos de los indios.

En Puebla, al contrario de lo que sucede en Toluca, se juega mucho, muchísimo, y con un descaro inaudito, faltando poco para que se juegue en medio de las calles, desde las cuales amenudo han llegado á mis oídos frases como las de «vá la bola», «no vá más», ó las de «el rey mozo», «la sota vieja», lo cual constituye el único borrón de esta linda ciudad, trayendo consigo amenu-

do funestas consecuencias, pues me ha referido una persona que ocupa elevado puesto en la Banca, que frecuentemente se dá el caso de llegar á Puebla honrados rancheros que vienen á efectuar pagos y no pudiendo evitar la tentación dejan en uno de esos lupanares aquello que traían destinado á sus negocios.

Las cantinas en México abundan tanto como en Inglaterra los «bars» y en España las tabernas; pero en ninguna población están instaladas con el lujo que en Puebla, donde además siempre sirven consumaciones de primera calidad. Una costumbre muy particular de las cantinas en México, y que no deja de ser curiosa por lo original, es el derecho que asiste á todo consumidor de pagar las bebidas que toma ó de jugárselas con el cantinero, ya sea á los dados ó á la pequeña ruleta de las que siempre hay en estos establecimientos; si el cliente gana no paga la ó las copas que ha consumido; pero si en cambio pierde tiene que pagar doble, ó sean las que él ha consumido y las que se supone

que el cantinero ha tomado, y digo «supone» porque como sería difícil que el cantinero tomase las muchísimas que puede ganar en un día, tiene un *truc* muy ingenioso que consiste en tener dos botellas, una con agua clara, que se supone es anís del Mono ó de Mallorca, y otra igualmente de agua pero con un poco de azúcar quemada para darle color y que pasa por cognac: de éstas se sirven invariablemente los cantineros, y excuso decir las docenas que se pueden tomar sin que se le suban á la cabeza! Esta combinación dá grandes beneficios, pues si el cliente pierde paga dos copas que valen 24 centavos; en cambio si el cantinero pierde, solo lo hace en la que toma el consumidor y que puede valer de 5 á 6 centavos

El precio de las copas es invariablemente el mismo, 12 centavos. Ahora bien; cuanto más fina es la consumación, menor es la copa; las mayores son las de Tequila (aguardiente del país) y las menores las de Fine Champagne, que son verdaderos dedales.

En todas las cantinas existe el «free.

lunch», (1) consistente en lo general en pier-  
na de carnero fría, un guisadito (de chile por  
supuesto) y que se mantiene caliente por  
medio de una lamparita de espíritu de vino.  
Sobre una rebanada de pan de centeno se  
pone una cucharada del guiso en cuestión; á  
esto le dan el nombre de «taco». Hay ade-  
más pedacitos de queso del tamaño de da-  
dos y cortados con grande simetría; apio  
crudo y rábanos completan el lunch.

En las cantinas aristocráticas, además del  
pan de centeno hay tortillas y guacamole,  
con cuyas dos últimas cosas hacen un taco  
más fino que el primero que he mencionado.

Estos «free lunches» son un gran recurso  
para los *décaves*, pues el tomar una copa les  
autoriza á casi hacer un almuerzo, pero han  
de cambiar amenudo de cantina, pues así  
que el cantinero se apercibe de que un indi-  
viduo abusa, con muy buenos modos le su-  
plica no vuelva por su establecimiento.

En casi todos los restaurants de México  
se sirven cubiertos á precio fijo y por cierto

(1) Tente en pié gratuito.

baratísimo, pues en los de primera clase solo  
cuesta un peso; esto nada de particular tie-  
ne, pero sí y mucho el que por ese precio  
tiene uno el derecho de recorrer toda la  
lista desde la primera sopa hasta el último  
asado, y se den casos de personas que pa-  
gando un peso comen por valor de tres. El  
dueño de un célebre restaurant me dijo que  
algunas veces se presentan personas que pi-  
den dos sopas, tres entradas, dos pescados,  
un par de asados, otras tantas legumbres y  
cuatro ó cinco postres. Al preguntarle yo  
qué hacía con semejantes gargantúas, me  
dijo que si el caso se repite con el mismo  
cliente hacen lo que en las cantinas, esto es,  
suplicarles no vuelvan: si á pesar del aviso  
se presentan, el mozo les sirve con tal lenti-  
tud que no les queda ganas de volverse á  
presentar.

Desde hace muchos años existe en Pue-  
bla un restaurant tan pequeño como afama-  
do, titulado «Roma», que explota un italiano  
muy simpático, pero de muy malas pulgas,  
llamado Giacopello. Dirige personalmente

la cocina por ser este su oficio: sirve de comer como en ninguna parte en México y sus exquisitos rissotos, costillas á la Milanesa y estofatos le han valido clientela tan numerosa como distinguida.

En este establecimiento hallaba yo siempre al ir á Puebla mis numerosos amigos; y ¡qué recuerdos más gratos conservo de un ancho velador alrededor del cual tomaban asiento Manuel Gavito, Pancho Reyes, Pancho Velasco, Mariano Pasquel (hijo) y otros muchos, entre ellos uno cuyo nombre no recuerdo y que tenía la particularidad de presentarse siempre tan empolvado que parecía acababa de hacer el recorrido de Esperanza á México! Pocas veces me he divertido en mi vida como en compañía de los jóvenes que he citado y con los cuales siempre cenaba, y pocas veces he sido tan festejado como lo era por ellos; bien es verdad que tampoco en parte alguna me han dado tantas bromas, una de las cuales no puedo menos de referir.

Mariano Pasquel, simpático y gracioso

como pocos he conocido en mi vida, me dijo en una ocasión en que estaba con mis amigos:

—«Manuel, usted que tanto ha visto en »Europa, á que jamás ha visto un loro como »el que yo poseo, llamado Tato, y que reci- »ta de memoria el primer capítulo del Qui- »jote?»

La cosa me pareció increíble, pero fuí invitado inmediatamente á ver este fenómeno; marchamos á casa de Pasquel y entramos éste y yo en una habitación que tenía una pequeña escalera por la cual se subía á un desván.

Las demás personas se quedaron fuera, pues me dijeron que el tal loro no lucía su habilidad si había mucho público. A las voces de Tato, Tato, que dió Pasquel, bajó por la escalera citada, dando grandes saltos, no un loro, pero sí un hermosísimo león! Se me pusieron los pelos de punta al verme en compañía del rey de las selvas, y no pude articular palabra hasta que me convencí de que Tato obedecía á Pasquel como á Bidel



le obedecían sus famosas fieras, y solo recordé mi tranquilidad cuando me ví en la calle. El buen Tato se halla hoy de huésped en el jardín zoológico del bosque de Chapultepec.

La penitenciaría de Puebla es quizás la mejor que existe en la República. Su sistema es el celular, y provista de diversos talleres en los que los presos pueden trabajar cada uno en su oficio y ganar un jornal para ayudar á sus familias ó hacerse un fondo que al cumplir sus condenas les pone al abrigo de la miseria, que tantas veces es la causa de que reincidan.

En Puebla se disfruta de una temperatura deliciosa y uniforme todo el año, por lo que muchas personas acomodadas de la capital la hacen su residencia veraniega.

De Puebla generalmente me trasladaba á Oaxaca, capital del Estado, que por su clima tan caluroso nunca simpaticé con ella. Como en Veracruz, abundan los zopilotes y los malos hoteles, que me obligaban á alojarme en un pequeño restaurant de un tuerto

res, cuya única misión es recorrer las calles y fijarse en las puertas y ver si los sellos están colocados, no teniendo necesidad, para las correspondientes denuncias, de entrar en discusiones con los comerciantes, y sí solo anotar el nombre de aquellos que no están en regla.

Otra de las muchísimas cosas en que muchos países de Europa debían imitar á México es en la forma en que allí facturan los equipajes.

¿Quién de mis lectores, al viajar por el viejo mundo, no ha visto al regreso de un viaje sus maletas y baules llenos de etiquetas pegadas con espesa cola ó engrudo, que no solo les da un feo aspecto sino que si se trata de una buena maleta de cuero resulta estropeada?

En México tienen alguna más consideración y más tacto: nunca se maltrata en esta forma un equipaje, y al facturar éste se le coloca una pequeña correa de la que pende una placa de cobre con un número, entregándose al viajero una igual que le sirve

de resguardo y hace papel de talón, evitándose con este procedimiento tan sencillo como práctico el mal que acabo de señalar.